

El año que sobrevivimos al miedo

Juan Carlos Domínguez

Director del IES La Algaida (Río San Pedro, Puerto Real)

Después de un insufrible verano, forjado a golpe de instrucciones y recomendaciones sanitarias, tan prolijas como -muchas veces- confusas y/o contradictorias, me estrenaba en esto de la dirección con el vago sentimiento de que la pandemia había secuestrado de su esfera educativa mi proyecto. Volaba, con palpable buena fe administrativa, de Séneca y el correo corporativo al teléfono. Dedicaba el poco tiempo de descanso a las noticias, consciente de que la información (la fundamentada, la sensata información) resultaría imprescindible para una buena gestión de la salud, de los recursos, de los tiempos, de los procesos. Y ya el primer día me encontré con una amenaza de padres y madres (¡cien, decían ser!) de impedir la entrada al centro al alumnado porque el centro (según ellos) no contaba con garantías suficientes contra el covid.

Nadie, hasta ese momento, me había pedido conocer las medidas que habíamos tomado para garantizar ese extremo. De hecho, estábamos aún madurando algunas más complejas y más eficientes, analizando fuentes de información diversas, y, de paso, estudiando las fechas para reunirnos con el claustro, con las familias y, después, con el alumnado para difundir esas medidas y emprender el curso de formación que nos permitiera a todos normalizar el nuevo funcionamiento del centro a través del protocolo, realizado en julio y aprobado en su primera versión por esos días. Pero por entonces no mandaba la cordura, ni la prudencia, ni la solidaridad. Mandaba el miedo. Ese sentimiento grave e insensible, egoísta e insensato, que se pega al pecho y es capaz de golpear de manera silenciosa bajo la amenaza de alcanzar a los tuyos sin razón y sin remedio.

Fueron necesarias muchas reuniones, en múltiples convocatorias, bajo medidas muy estrictas, para ir ganándole el pulso a los excesos que provocaba esta sensación de desvalimiento común frente a lo desconocido. Pero, por encima de todo, fueron necesarias muchas miradas limpias, honestas, sufridas, las que nos permitieron abrazar con el alma a quienes necesitaban nuestro compromiso con ese sentimiento de indefensión. Aún recuerdo cómo una de estas madres, a la que no le había servido ninguna de las explicaciones que le había dado, al salir de la reunión me agarró la mano y mirándome a los ojos me dijo: "Al final no has hablado como un director. Cuando has terminado de explicar lo que ya habéis hecho, por fin has hablado como un padre, que sabe lo que duele un hijo y que sufres por defenderlo. Por eso ahora sí te creo".

En aquellos difícilísimos días en los que muchos, de manera legítima, exigían para los suyos unas garantías que ninguna persona en el planeta podía proporcionar, los que nos vimos como responsables de una situación para la que nadie nos preparó pudimos sentir tanto el calor de los más cercanos y la confianza de esas familias y compañeros, como la soledad de ese miedo. Dormir fue difícil cuando temías por todos los que cada día te dedicaban su mejor sonrisa en la puerta del centro. Sonreír fue imposible cuando a uno también le atenazaba el mismo sentimiento. Pero lo más duro fue no contribuir a que éste se multiplicara, que no se alimentara de sí mismo para convertirse en propio sustento. Era fundamental mediar entre lo oportuno y lo necesario y que el bien general se sobrepusiera a la desconfianza natural; salvar los días con entereza apostando por el futuro y confiando en la solvencia de nuestro esfuerzo.

En la antesala, tal feliz como desmesurada, de haber sobrevivido inicialmente a la pandemia; en el recuerdo emocionado y profundo de los que nos dejaron haciendo inútil e inexplicable su sufrimiento hoy más que nunca apostamos por la experiencia sufrida como sustento de un mundo mejor en el que la confianza en los demás sirva como ejemplo. Pero también en la necesidad, urgente, vital, de invertir de manera abierta en más y mejor educación, en más y mejor formación, en investigación y conocimiento. Nunca en los tiempos recientes como en el último año y medio se ha visto de manera tan clara el peligro y la amenaza del miedo en una sociedad desinformada y visceral, que niega lo evidente y se aferra a la noche de los tiempos para recuperar de ella los sentimientos más egoístas e irresponsables, los más insolidarios comportamientos. Y nunca como hasta ahora se ha contrastado de manera tan vívida entre aquellos que desafiaron al miedo la

nobleza del empeño, la humildad de su esfuerzo. El año que sobrevivimos al miedo, unos se hicieron grandes, en sus fines, en sus medios; otros se hicieron pequeños.